



Rafael Jijena Sánchez

El mocito cazador

Argentina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Era el hijo de la hija de un poderoso rey, que los había condenado a vivir en un apartado bosque.

Allí creció el niño que con el andar del tiempo habría de convertirse en el valiente cazador de este cuento.

Sus únicas armas eran la flecha y el garrote. Cerca de la choza que habitaba con su madre, tenía la suya un viejito ciego y adivino. Lo acompañaban tres hijas muy hermosas que lo atendían y lo cuidaban con ejemplar cariño. El anciano era su amigo y siempre le daba sabios y buenos consejos que el mocito cazador escuchaba con profundo respeto.

Un día el cieguito le dijo:

-Tené cuidado. En este momento hay un gigante que es peligroso. Vive solo en un castillo, muy adentro, y suele salir también a cazar para alimentarse. El tratará de matarte, por eso te prevengo. Vos sos fuerte y tus luchas con el tigre te han hecho ágil como él, pero debes usar la astucia del zorro para poder vencerlo. No te descuides, pues.

-Gracias, señor. Le prometo que sabré cuidarme – le respondió el joven.

Todas las mañanas el mocito salía a buscar presas, perdices, liebres, peces, frutas, tatúes, patos, palomas, gallinas, etc. Su vida se deslizaba con facilidad y amaba la selva con su perfume, con su verdor y con sus gorjeos.

Una vez se encontró con unos ricos caballeros que eran de la ciudad de su abuelo rey. Éstos que andaban cazando por placer, compadecidos de su pobreza, le regalaron un cuchillo grande, una escopeta con cartuchos y un brioso caballo blanco. Desde entonces, el mocito pudo cazar con mayor ventaja. Pero estaba de Dios que no todo había de ser así en su camino. El viejito adivino no había mentido.

-¡Alto don! Le gritó un día un gigante, que lo venía siguiendo en pleno monte.

-¿Quién es usted y qué quiere de mí? – le preguntó el mocito parando en seco el caballo.

-Soy el dueño de esta comarca, vivo solo en el castillo y no quiero nada más que invitarlo a comer conmigo.

-Si es así, vamos –le respondió el joven-, no tengo miedo.

-Mejor... mejor –agregó el gigante con disimulo.

Ya en el castillo, el mocito quedó deslumbrado ante tanta belleza y lujo de aquella casa. El gigante parecía muy bueno, pero después de comer le dijo:

-¿Se anima a luchar conmigo?

-He peleado con fieras, con sus cueros nos abrigamos mi madre y yo durante el invierno y usted no me asusta nada, a pesar de su estatura. (El mocito no se olvidaba de la viveza de zorro que le recomendó emplear el viejito adivino.)

-¿Ve esa serpiente que está a su espalda?

-¿Cuál? – le respondió el gigante dándose vuelta con rapidez.

-¡Esa! – le contestó el mocito, al mismo tiempo que le aplicaba un tremendo golpe en la cabeza con su garrote.

El gigante se tambaleó atontado y el mocito aprovechó para seguir golpeándolo con todas sus fuerzas hasta dejarlo muerto en el suelo. Lo arrastró después hasta el bosque y allí sepultó su cuerpo.

Mientras tanto, en la choza del viejito las muchachas le preguntaban:

-¿Por qué estás tan contento, padre?

-Porque el mocito cazador acaba de vencer al gigante, con la astucia del zorro como yo le indiqué tener ante él.

-¡Oh, que suerte! Exclamaron las tres.

En seguida de enterrar el cadáver de su peligroso enemigo el mocito montó en su caballo blanco y salió en busca de su querida madre.

-Ahora tendrás lo que mereces – le dijo-. He conseguido para vos el techo digno de una princesa.

-¿Estás loco? – respondió ella.

-No, ven y te convencerás por tus propios ojos.

Entonces el mocito y su madre tomaron rumbo para el castillo., durante el trayecto con algunos huevos de avestruz y de tero, recogieron un monto de cosos y de pitaugas. Cuando llegaron a destino, él le contó detalladamente lo que había pasado con el gigante. Al verse rodeada de tanta comodidad, casi como en la maravilla de un sueño de hadas, su pobre madre lloró de alegría, porque aquella espléndida casa le recordaba mucho la de su padre, el rey. El mocito cazador se casó más tarde con la hija menor de su anciano amigo adivino y allí vivieron todos juntos y felicitos hasta la terminación de sus largos días.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo